

instintos, fuesen los representantes de la cultura. Lo contrario me parece evidente. ¡Estos «héroes» de la bajeza y del odio, estos residuos de elementos prearrianos representan el retroceso de la humanidad! ¡Estos instrumentos de la cultura son la vergüenza de la humanidad, y dan sospecha y argumento contra la cultura misma! Más valiera conservar el terror de la aristocracia y temblar de miedo, que no temer nada, pero estar lleno de asco. ¿Y no es esto lo que nos espera? ¿No es esto lo que produce nuestras náuseas por la humanidad? Porque no hay duda que para nosotros el hombre inspira lástima y dolor. Lo que ahora nos inspira miedo es la multiplicación asombrosa del hombre, del gusano mezquino y débil que pretende ser el «hombre superior»; en medio de la enorme neurastenia, cansancio y senilidad de Europa, todavía se tiene el hombre por un ser robusto y lleno de vida.

12. No puedo ahogar aquí un suspiro y rechazar una última esperanza. ¿Qué es lo que yo no puedo conseguir? ¿Qué es lo que me sofoca y me abate? ¡Aire viciado! ¡Aire viciado! Algo funesto se acerca á mi; ¿he de respirar yo las entrañas de un cadáver?... ¿Qué no soporta uno en materia de privaciones, de intemperies, de desgracias, de cuidados, de aislamiento y de enfermedades? En el fondo, todos podemos vencer esto, tales como somos, nacidos para una existencia subterránea, para una vida de combate; por fin se viene á la luz, por fin se goza de la adorada victoria, y entonces se levanta uno con valentía, con fuerza, dispuesto á conseguir nuevos fines, más difíciles, más lejanos. Pero de cuando en cuando concededme ¡oh diosas! una mirada con que yo pueda hallar un ser, absolutamente completo, feliz, poderoso, triunfante.

¡Concededme que halle una felicidad que complete y salve al hombre!... Pero no, he aquí que no veo, sino la nivelación del hombre europeo, espectáculo que cansa el espíritu... Nada vemos que se engrandezca, todo se rebaja, se empequeñece, se hace inofensivo, mediocre, prudente, indiferente hasta lo último de las virtudes chinescas ó cristianas: sí..., sí, no lo dudemos, el hombre se hace «mejor»... Europa cesó de temer al hombre, y cesó de amarle, de venerarle, de esperar en él. El aspecto del hombre nos fatiga. Esta fatiga es el nihilismo. ¡El hombre se fatiga del hombre!

13. Pero volvamos á nuestro asunto, que abandoné por explicar el segundo origen de la idea «bueno» según la plebe rencorosa. Que los corderos tengan horror á las aves de rapiña, se comprende; pero no es esta una razón para querer mal á las aves de rapiña, porque arrebatan los corderillos. Y si los corderos dicen: «Estas aves de rapiña son malas, el que sea todo lo contrario, el que sea parecido á un cordero, es bueno», no tendríamos nada que responder á esta manera de erigir un ideal. Solamente que las aves de rapiña responderán con tono quizá burlón. «Nosotras no queremos mal á estos buenos corderos, sino antes los amamos mucho: nada nos es tan sabroso como su tierna carne.» Exigir á la fuerza que no se manifieste como tal, que no sea una voluntad de dominar, una red de enemigos, de resistencia y de combate, es tan insensato como exigir á la debilidad que se manifieste como fuerza. Una cantidad de fuerza corresponde exactamente á la misma cantidad de instinto, de voluntad, de acción, mejor dicho, la resultante no es otra cosa que este instinto, esta voluntad, esta acción misma, y no puede parecer de otro modo, sino en virtud de los seductores

yerros del lenguaje, según el cual, todo efecto está condicionado por una causa eficiente, por un «sujeto». Esto es un error. Así como la plebe distingue entre el rayo y su resplandor, para considerar este resplandor como una acción del sujeto rayo, así la moral plebeya distingue entre la fuerza y los efectos de la fuerza, como si detrás del hombre fuerte hubiera un *substratum* neutro que fuera *libre* para manifestar ó no la fuerza. Pero no hay tal *substratum*, no hay un ser detrás del acto; el acto es todo. Lo que hace la plebe es desdoblar un fenómeno en efecto y en causa.

No son más avisados los físicos, cuando dicen que la «fuerza obra», que «produce tal ó cual efecto»; nuestra ciencia se halla todavía encantada por el lenguaje, y no ha podido desembarazarse aún de estas pesadillas de «sujetos» (como el «átomo», ó la «cosa en sí» de Kant). No es, pues, de maravillar que la sed de venganza y el odio utilizaran esta creencia para sostener que el fuerte puede ser débil, que el ave de rapiña puede ser cordero: de esta manera, podremos pedir cuenta al ave de rapiña de ser ave de rapiña... Cuando los oprimidos, los aplastados, los siervos, llenos de venganza y de impotencia, se ponen á decir: «Seamos lo contrario de los malos, seamos buenos. Es bueno el que no injuria á nadie, ni ofende, ni ataca, ni usa de represalias, sino que deja á Dios el cuidado de la venganza, y vive oculto como nosotros, y evita la tentación y espera poco de la vida, como nosotros los pacientes, los humildes y los justos». Todo esto quiere decir en suma: «Nosotros los débiles, no podemos salir de débiles; no hagamos, pues, nada que no podamos hacer.» Esta amarga prudencia, que hasta el insecto posee (el cual, en caso de gran peligro, se hace el muerto), tomó el pomposo título de virtud, como si la debi-

lidad del débil—es decir, su esencia, su actividad, toda su realidad única, inevitable é indeleble—fuese un acto libre, voluntario, meritorio. Esta clase de hombres necesitan creer en un «sujeto» neutro dotado de libre albedrío: es un instinto de conservación personal, de afirmación de sí mismo; porque toda mentira tiende á justificarse. El sujeto (el *alma*) fué hasta aquí el artículo de fe más inquebrantable, porque permitía á la gran mayoría de los mortales, á los débiles y oprimidos, esta sublime ilusión de tener la flaqueza por libertad, la necesidad por mérito.

14. ¿Quiere alguien mirar conmigo hasta el fondo del misterio donde se oculta la *fabricación del ideal* sobre la tierra? ¿Quién tiene alientos para ello? Ea, pues, mirad. He aquí una ventana de esta tenebrosa oficina. Pero esperad un poco, señor temerario; es preciso que vuestra vista se habitúe á esta falsa luz, á esta luz cambiante... ¿Ya? ¡Bueno! Hablemos, pues. ¿Qué pasa en este abismo? Hombre curioso, ¿qué ves? Os escuchó.

—«Yo no veo nada, ni casi oigo... es un rumor prudente, un susurro apenas perceptible que parece venir de todos los rincones. Se me figura que aquí se miente; un dulzor como de miel hace viscosa cada palabra. Aquí debe ser donde la mentira transforma la flaqueza en mérito; no hay duda, es como habeis dicho.»

—¿Y qué más?

—«Aquí la mentira llama bondad á la impotencia, humildad á la bajeza, obediencia á la sumisión forzada (ellos dicen que obedecen á Dios). La cobardía, que está siempre á la puerta del débil, toma aquí un nombre muy sonoro, y se llama paciencia: «No poderse vengar», se llama «no querer vengarse»; y á veces

se llama «perdón de las ofensas», «porque ellos no saben lo que hacen; nosotros solos sabemos lo que ellos hacen». Hablan del «amor á sus enemigos», y están sudando el quilo.

—¿Y qué más?

—«Son unos desgraciados sin duda todos estos rezadores, monederos falsos. Pretenden que Dios los distingue y los elige en virtud de su miseria; ¿no se castiga á los perros, á quienes más se quiere? Quizá esta miseria es una preparación, un tiempo de prueba, una enseñanza, quizá un beneficio, algo que será compensado con un ciento por uno en «felicidad eterna».

—¿Y qué más?

—«Ahora dicen que no sólo son ellos mejores que los poderosos y que los gobernantes, cuyas huellas besan (no por temor, no, sino porque Dios manda honrar á toda autoridad); no sólo son mejores, sino que su lote de eternidad será mucho mejor. Pero, ¡basta, basta! ¡No resisto más! ¡Aire, aire! Esta oficina, donde se fabrica el ideal, me huele á mentira y embuste.»

—¡Un instante más! No me habéis dicho nada todavía acerca de estos virtuosos de la magia negra, que hacen de lo negro blancura de leche y de inocencia; ¿no habeis notado su perfección de artistas, su mentira más sutil y espiritual? Estos seres subterráneos, llenos de venganza y de odio, ¿qué hacen de esta venganza y de este odio? ¿Habéis oído nunca lenguaje igual? Si hubierais de dar crédito á sus palabras, ¿sospecharíais que os hallabais en medio de los hijos del rencor?»

—«Os oigo y aplico de nuevo el oído y me tapo también las narices.» Oigoles decir: «Nosotros los buenos, nosotros los justos.» No piden represalias, sino «el triunfo de la justicia»; no aborrecen á su enemigo,

sino á la «injusticia», á la «impiedad»; creen y esperan, no en la venganza, en la ebriedad de la dulce venganza («más dulce que la miel», decía ya Homero), sino en la «victoria de Dios, del Dios de justicia sobre los impíos»; no se llaman «hermanos en el odio», sino «hermanos en amor», «buenos y justos en la tierra».

—¿Y cómo llaman á eso que les sirve de consuelo en todas las penas de la existencia?

—«¿Cómo? ¿Es posible lo que oigo? A eso lo llaman «juicio final», «venida de su reino», del «reino de Dios», y entre tanto viven en la «fe», en la «esperanza» y en «caridad».

—¡Basta, basta!

15. ¿En qué fe, en qué amor, en qué esperanza? Estos débiles quieren ser algún día los fuertes; «su reino» debe venir un día; y son tan humildes, que lo llaman «reino de Dios». Para ver este reino es necesario vivir mucho, vivir más allá de la muerte; es necesaria la vida eterna para indemnizarse en el «reino de Dios» de esta existencia terrena pasada en la fe, en la esperanza y en la caridad. Indemnizarse, ¿de qué y por qué? El Dante se engañó groseramente cuando grabó con terrible ingenuidad en la puerta de su infierno esta inscripción: «También á mí el amor eterno me creó.»

Por encima de la puerta del paraíso cristiano y de «bienaventuranza eterna», se podría escribir con mayor razón: «También á mí el odio eterno me creó». Admitiendo que una verdad pueda brillar encima de tal puerta! ¿En qué, pues, consiste la bienaventuranza de este paraíso?... Quizá podríamos ya adivinarlo; pero vale más dejar la palabra á una indiscutible autori-